

EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA

RBA MOLINO

H



HECHICERO

SEBASTIEN DE CASTELL



H

RBA

HECHICERO

SEBASTIEN DE CASTELL



Traducción de Ismael Attrache y V. M. García de Isusi

RBA



II



DOS de HECHIZOS

La primera prueba

Hay tres requisitos para alcanzar la categoría de mago entre los jan'tep.

El primero es tener fuerza suficiente para defender a tu familia.

El segundo es la habilidad de utilizar la magia superior que protege a nuestro pueblo. El tercero consiste únicamente en llegar a los dieciséis años. A mí me faltaba poco para cumplirlos cuando supe que no iba a lograr ninguna de las tres cosas.

1

EL DUELO



Los viejos maestros hechiceros suelen decir que la magia tiene sabor. Los hechizos de ascuas recuerdan una especia que te pica en la punta de la lengua. La magia del aliento es algo sutil, casi frío, da la sensación de que sostienes una hoja de menta entre los labios. Arena, seda, sangre, hierro... Cada uno de estos elementos posee un sabor propio. Un verdadero experto, un mago de los que pueden lanzar hechizos incluso fuera de un oasis, los conoce todos.

¿Y yo? Yo no tenía la menor idea de a qué sabía la magia superior; ese era el motivo por el que me encontraba en un apuro tan grande.

Tennat me esperaba a lo lejos, entre las siete columnas de mármol que circundaban el oasis de la ciudad. Detrás de él, el sol proyectaba una sombra que se alargaba por el camino hasta donde estaba yo. Seguramente había elegido ese sitio por ese mismo efecto. Lo cierto es que funcionaba, porque ahora yo

tenía la boca tan seca como la arena que pisaba, y el único sabor que notaba era el del pavor.

—No lo hagas, Kellen —me rogó Nephenia mientras apretaba el paso para alcanzarme—. No es demasiado tarde para abandonar.

Me detuve. Una cálida brisa meridional agitó las flores de los tamariscos rosados que bordeaban la calle. Unos pétalos diminutos flotaron en el aire, lanzando destellos bajo el sol de la tarde como si fueran partículas de la magia del fuego. En aquel momento, ese tipo de magia me habría venido muy bien. La verdad es que me habría conformado con cualquier tipo.

Nephenia notó mis titubeos y añadió algo que no me ayudó:

—Tennat ha estado jactándose por todas partes de que te va a dejar lisiado si apareces.

Esbocé una sonrisa, sobre todo porque era la única manera en que podía evitar que la sensación de temor que se me formaba en el estómago me subiera al rostro. Nunca había participado en un duelo de magos, pero estaba bastante seguro de que quedarte muerto de miedo delante de tu adversario no era una táctica especialmente efectiva.

—No me va a pasar nada —aseguré, y seguí caminando a buen paso en dirección al oasis.

—Kel, Nephenia tiene razón —intervino Panahsi, que resoplaba mientras se esforzaba por no quedarse atrás. Rodeaba con el brazo derecho la gruesa capa de vendas que le sostenían las costillas—. No te enfrentes a Tennat por mí.

Aflojé un poco el paso y contuve las ganas de poner los ojos en blanco. Panahsi reunía todas las condiciones para convertirse en uno de los mejores magos de nuestra generación. Cabía

incluso la posibilidad de que algún día se convirtiera en representante de nuestro clan en la corte, lo cual sería una pena, porque su cuerpo, musculoso de forma natural, se veía perjudicado por lo mucho que le gustaban los pasteles de mora de los pantanos, y también le afeaba los rasgos, por lo demás apuestos, el estado en que tenía la piel como consecuencia inevitable de los dichosos pasteles. Mi pueblo conoce un sinfín de hechizos, pero ninguno que cure a quien tiene sobrepeso o la cara picada.

—Kellen, ¡no les hagas caso! —exclamó Tennat cuando llegamos al círculo de columnas de mármol blanco. Se colocó en el interior de un círculo de un metro de diámetro que había en la arena con los brazos cruzados sobre la camisa negra de lino, a la que había cortado las mangas para cerciorarse de que todos vieran que no solo le brillaban una, sino dos de sus bandas. Las tintas metálicas y tatuadas lanzaron destellos y describieron remolinos por debajo de la piel de sus brazos cuando se puso a invocar la magia del aliento y del hierro—. Me parece una tontería que estés echando tu vida a perder para defender el honor de tu amigo obeso.

Unas risitas se extendieron entre los otros iniciados, casi todos los cuales estaban detrás de Tennat, moviendo los pies con impaciencia. A todo el mundo le gusta una buena paliza. Bueno, menos a la víctima.

Quizá Panahsi no presentara el mismo aspecto que las figuras resplandecientes de los antiguos magos de guerra que aparecían talladas en las columnas que teníamos delante, pero como hechicero era el doble de bueno que Tennat. Era algo absolutamente inimaginable que hubiera perdido de forma tan estrepitosa su propio duelo. Incluso ahora, después de dos

semanas en la cama y de a saber cuántos hechizos de sanación, Panahsi apenas podía acudir a las clases.

Le dirigí a mi rival la mejor de mis sonrisas. Como les pasaba a los demás, Tennat estaba convencido de que me había enfrentado a él en mi primera prueba por imprudencia. Algunos de los otros iniciados suponían que lo había hecho para vengar a Panahsi, quien, al fin y al cabo, prácticamente era mi único amigo. Otros creían que yo había asumido la noble misión de impedir que Tennat acosara a los otros estudiantes, que siguiera amedrentando a los criados sha'tep, que no contaban con hechizos propios con los que defenderse.

—Kellen, no caigas en su trampa —me dijo Nephenia mientras apoyaba una mano en mi brazo.

Sin duda, algunos creyeron que yo hacía todo aquello para impresionar a Nephenia, la chica que tenía aquella cara y aquel pelo castaño tan bonitos, y que, pese a no ser perfecta, para mí lo era. Al ver la forma en que me miraba ahora, tan intensamente preocupada porque no me pasara nada malo, nadie habría dicho que apenas se había fijado en mí durante todos los años que llevábamos juntos como iniciados. Si soy justo, la mayoría del tiempo nadie más lo había hecho. Pero el día de hoy era distinto. Hoy todos me prestaban atención, incluso Nephenia. Sobre todo, ella.

¿Era solo por pena? Quizá, pero el gesto de preocupación que se le veía en esos labios que yo deseaba besar, desde que me había dado cuenta de que cuando dos personas se besaban no se limitaban a morderse, me producía mareos. El tacto de sus dedos en mi piel... ¿Era aquella la primera vez en que me había tocado?

Como lo cierto es que no me había metido en aquella pelea

solo para impresionarla, le aparté la mano suavemente y entré en el oasis.

En cierta ocasión leí que otras culturas utilizan la palabra «oasis» para hablar de una franja de terreno fértil en el desierto, pero un oasis jan'tep es algo completamente distinto. Siete columnas de mármol se alzaban por encima de nosotros, una por cada categoría de la magia verdadera. En el interior del círculo que formaban no había árboles ni vegetación, sino un manto brillante de arena plateada que, incluso cuando la agitaba el viento, nunca salía del límite que marcaban las columnas. En el centro había un estanque de piedra poco profundo, que llenaba algo que no era ni líquido ni aire, pero que brillaba y formaba olas. Aquella era la verdadera magia. El jan.

La palabra «tep» significa «pueblo», lo que debería daros una idea de lo importante que la magia es para nosotros, hasta el punto de que cuando mis antepasados llegaron a este lugar, como otros pueblos lo habían hecho antes que ellos, abandonaron sus nombres anteriores y pasaron a ser conocidos únicamente como los jan'tep, el «pueblo de la magia verdadera».

Bueno, al menos en teoría.

Me arrodillé y tracé a mi alrededor, en la arena, un círculo de protección. En realidad, quizá me pase de generoso al llamarlo «círculo».

Tennat esbozó una sonrisita y dijo:

—Huy, qué miedo me ha entrado.

A pesar de lo fanfarrón que era, Tennat no intimidaba tanto como él creía. Es cierto que tenía el cuerpo fibroso y musculado, y que parecía ser malo, pero no era muy corpulento. La verdad es que estaba tan flaco como yo, que además le sacaba una cabeza. Por algún motivo, eso le hacía parecer aún más perverso.

—¿Seguís decididos a llevar a cabo este duelo? —preguntó el maestro Osia'phest mientras se levantaba de un banco de piedra que estaba en el borde del oasis.

El viejo hechicero me miraba a mí, no a Tennat, con lo que estaba clarísimo quién debía abandonar.

—Kellen no se va a retirar —aseguró mi hermana, mientras aparecía por detrás de nuestro profesor.

Shalla solo tenía trece años, era menor que todos nosotros, pero ya se estaba sometiendo a las pruebas. Era mejor maga que todos los presentes sin contar a Panahsi, lo que demostraba el hecho de que ya lucía las bandas de la magia del aliento, del hierro, de la sangre y de las ascuas. Había magos que se pasaban la vida entera sin poder ejercer las cuatro disciplinas, pero mi hermana pequeña tenía intención de dominarlas todas.

Y ¿cuántas bandas se me habían iluminado a mí? ¿Cuántos de los símbolos que llevaba tatuados debajo de las mangas brillarían y darían vueltas cuando invocase la magia superior que definía a mi pueblo?

Ninguno.

Bueno, en el interior del oasis podía llevar a cabo los hechizos de práctica que todos los iniciados aprenden. Mis dedos conocían las formas somáticas igual de bien, o mejor, que los otros iniciados. Sabía entonar las sílabas a la perfección, visualizar la más esotérica de las geometrías con una claridad perfecta. Se me daban muy bien todos los aspectos del lanzamiento de hechizos, menos la parte que de verdad era mágica.

—Renuncia al duelo, Kellen —me pidió Nephenia—. Ya encontrarás otra manera de superar las pruebas.

Evidentemente, ahí estaba el auténtico problema. Estaba a

punto de cumplir dieciséis años y esta era mi última oportunidad de demostrar que poseo magia del calibre suficiente para merecer el nombre de mago. Eso implicaba que debía superar las cuatro pruebas, empezando por el duelo. Si fracasaba, me vería obligado a unirme a los sha'tep y a pasarme el resto de la vida cocinando, limpiando u ocupándome de la gestión de la casa de alguno de mis antiguos compañeros de clase. Sería un destino humillante para cualquier iniciado, pero ¿para un miembro de mi familia, para el hijo del mismo Ke'heops? El fracaso era algo inconcebible.

Desde luego, nada de lo anterior era el motivo por el que había decidido enfrentarme a Tennat en concreto.

—No olvidéis que la protección de la ley queda suspendida para aquellos que se someten a las pruebas —nos previno Osia'phest con un tono de voz cansado y resignado—. Solo aquellos cuyo calibre les da la fuerza suficiente para enfrentarnos a nuestros enemigos al pelear pueden aspirar a recibir el nombre de mago.

El silencio se adueñó del oasis. Todos habíamos visto la lista de iniciados anteriores que se habían sometido a las pruebas antes de estar listos. Todos conocíamos las historias de cómo habían muerto. Osia'phest me volvió a mirar.

—¿De veras estás preparado?

—Pues claro —aseguré.

Esa no era la mejor de las formas de hablarle a un profesor, pero mi estrategia requería que proyectase cierta seguridad.

—Pues claro —repitió Tennat con un tonito de burla. Asumió la posición de guardia básica, con las piernas separadas a la altura de los brazos y las manos a los costados, listas para lanzar los hechizos que iba a emplear en nuestro duelo—. Esta

es tu última ocasión de retirarte, Kellen. En cuanto esto empiece, no pararé hasta que caigas. —Esbozó una sonrisa, fijándose en Shalla—. No me gustaría que el terrible dolor que te voy a infligir haga sufrir innecesariamente a tu hermana.

Si Shalla percibió esa infantil imitación de la galantería por parte de Tennat, no lo mostró, sino que se limitó a quedarse donde estaba, con las manos en las caderas, mientras el viento le agitaba con elegancia el cabello rubio y brillante. Su pelo era más liso y lacio que el mío, del color de la tierra, que intentaba que no se me metiera en los ojos. Los dos teníamos la misma piel clara que nuestra madre, pero la mía lo era mucho más por haber pasado toda la vida con enfermedades intermitentes. La de Shalla realzaba sus rasgos de huesos finos que llamaban la atención de absolutamente todos los iniciados de nuestro clan. Ninguno de los cuales le interesaba, desde luego. Ella sabía que tenía más potencial que el resto de nosotros, y estaba más que decidida a hacer todo lo necesario para alcanzar el rango de señor de la magia, como nuestro padre. Los chicos no entraban en sus planes.

—Estoy seguro de que será capaz de soportar mis gritos de agonía —intervine.

Shalla vio que me fijaba en ella y me devolvió una mirada que denotaba tanta perplejidad como suspicacia. Sabía que yo haría todo lo posible por superar mis pruebas. Por eso me vigilaba tan de cerca.

«Sea lo que sea lo que crees que sabes, Shalla, no abras la boca. Te lo ruego».

—Al ser el alumno al que se le han iluminado el menor número de bandas —dijo Osia'phest—, puedes elegir la disciplina mágica del duelo, Kellen. ¿Cuál es tu arma?

Todos me miraron de hito en hito, tratando de adivinar qué iba a escoger. En el oasis, cualquiera de nosotros podía invocar una parte minúscula de las diferentes formas de magia, la suficiente para poder aprender cómo funcionaban los hechizos. Pero eso no era nada comparado con lo que podías hacer cuando ya habías logrado las bandas. Como Tennat tenía las del hierro y las del aliento, habría sido una locura por mi parte elegir cualquiera de esas dos.

—Hierro —dije lo bastante fuerte para que todos me oyeran.

Mis compañeros de clase me miraron como si me hubiera vuelto chalado. Nephenia se puso pálida. Shalla entrecerró los ojos. Panahsi empezó a protestar, pero una mirada de Osia'phest le obligó a callarse.

—No te he oído bien —repuso lentamente nuestro profesor.

—Hierro —repetí.

Tennat sonrió mientras un resplandor grisáceo en forma de remolino empezaba a salirle de la banda del antebrazo, le comenzaba a serpentear alrededor de las manos y empezaba a invocar ese poder. Todos los presentes sabían lo mucho que la magia del hierro le gustaba a Tennat, cómo te permitía destrozar y machacar a tus enemigos. Notabas cómo la excitación se iba formando en su interior, la gran emoción que le producía utilizar la magia de calibre superior. Lamenté desconocer esa sensación.

Tennat estaba tan impaciente que sus dedos ya habían empezado a describir las formas somáticas de los hechizos que iba a emplear contra mí. Una de las primeras cosas que aprendes cuando entablas un duelo es que solo un imbécil muestra sus cartas antes de que empiece la pelea, pero como era imposible que yo derrotase a Tennat con la magia del hierro, seguramente imaginó que no tenía nada que perder.

Ese era el motivo real por el que yo sonreía.

Porque llevaba varias semanas observando todos los duelos en los que Tennat se había enfrentado a los otros iniciados; había advertido que hasta los alumnos de mayor poder (los que tendrían que haber sido capaces de vencerlo fácilmente) siempre se veían obligados a rendirse.

Fue entonces cuando al fin me di cuenta.

La magia es un juego de astucia.

En el oasis reinaba el silencio, casi la paz. Creo que todos esperaban que me pusiera a soltar unas risitas nerviosas y que anunciase, antes de que fuera demasiado tarde, que todo aquello había sido una broma. Pero eché los hombros hacia atrás e incliné la cabeza a ambos lados para que me crujiera el cuello. Eso no le ayudaba en nada a mi magia, pero pensé que a lo mejor así parecía más agresivo.

Tennat soltó un resoplido lleno de confianza, parecido al que siempre soltaba, aunque en este caso más fuerte.

—Me extraña que una persona que apenas puede encender un farol de vidrio resplandeciente sin que le dé un ataque al corazón no tenga un poco más de cuidado al elegir a quién se enfrenta.

—Tienes razón —dije remangándome para que viera la tinta lisa y sin vida de mis seis bandas tatuadas—. Por eso, deberías preguntarte por qué quiero retarte ahora.

Tennat dudó unos instantes y después contestó:

—A lo mejor has estado teniendo sueños de muerte y sabes que soy quien mejor puede ayudarte a recorrer el pasadizo gris para poner fin a tus sufrimientos.

—Es posible —reconocí—. Pero pongamos por caso que lo he hecho por otra cosa.

—¿Como qué?

Yo llevaba todo un discurso preparado en el que iba a contar que me había tatuado la banda de la sombra, el séptimo tipo de magia y el más letal, el que todos teníamos prohibido. Si eso no lo asustaba, tenía otra idea, la de contarle que los magos verdaderamente grandes de la época de nuestros antepasados podían emplear la magia superior sin iluminar sus bandas. Sin embargo, cuando me disponía a explicarme, vi que un halcón volaba por encima de nosotros y decidí cambiar de táctica.

—No hace falta que ilumines tus bandas si has encontrado a tu animal de poder.

Todos alzaron la vista y miraron. En la sonrisita de Tennat se detectaba un leve atisbo de rabia, gracias al cual supe que se estaba poniendo nervioso.

—Ya nadie se relaciona con los espíritus guardianes. Además, ¿cómo iba a atraer un animal de poder alguien con tan poca magia como tú? Es imposible, Kellen. Ni en un millón de años.

Advertí que el halcón estaba a punto de caer en picado sobre un pájaro de menor tamaño. «Lánzate, por favor», musité, lo bastante fuerte para que todos lo oyeran. A mi alrededor, de repente todos contuvieron el aliento cuando las garras del halcón agarraron su presa de forma despiadada. Pensé que podría haber sido buen actor, si esa profesión no hubiera estado prohibida entre los jan'tep.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Osia'phest mientras agitaba las manos en el aire, como si quisiera lanzarles un hechizo

de alejamiento a todas nuestras bobadas. Yo estaba bastante seguro de que el anciano sabía que yo no había obtenido ningún espíritu guardián, pero supongo que es de mala educación revelar los secretos de otro mago, incluso cuando resulta que son mentiras. A lo mejor es que le daba igual—. Soy consciente de que la tradición dicta que se observe una serie de... posturas antes de un duelo, pero creo que ya hemos tenido bastante. ¿Estáis listos para empezar?

Asentí con la cabeza. Tennat ni se molestó en hacerlo, como si la sugerencia de que pudiera no estarlo fuera un insulto.

—Muy bien —añadió Osia'phest—, voy a empezar a contar.

El anciano respiró profundamente, quizá de forma algo excesiva, dado que lo único que dijo a continuación fue:

—¡Siete!

Se levantó una brisa y mi amplia camisa de lino aleteó ruidosamente mientras chocaba contra mi piel. Me sequé las manos en ella por décima vez y carraspeé para no notar el hormigueo.

«No te pongas a toser. No ofrezcas un aspecto de debilidad. Hagas lo que hagas, no aparentes debilidad».

—Seis.

Tennat me dedicó una amplia sonrisa, como si me tuviera preparada una gran sorpresa. Yo habría sentido más miedo si no hubiera visto dirigirles la misma sonrisa a todos sus rivales antes de cada duelo. Además, ya estaba tan aterrado que me encontraba a punto de desplomarme.

—Cinco.

Por encima de nosotros, el ave volvió a lanzarse en picado; alcé la vista y le guiñé un ojo. La sonrisa de Tennat se desdibujó. Evidentemente, era capaz de creer simultáneamente que yo

era un debilucho y que también había adquirido un animal de poder. Menudo idiota.

—Cuatro.

Con la mano izquierda trazó la forma somática necesaria para lanzar su hechizo de escudo. Jamás le había visto prepararlo antes que la espada. Bajó la vista a su mano para comprobar la forma. Ahora Tennat estaba un preocupado.

—Dos.

¿Dos? ¿Y qué le había pasado al tres?

«Venga, ¡no te desconcentres!».

La mano derecha de Tennat trazó la forma somática de un hechizo de ataque de hierro, lo que informalmente llamamos la «espada de las tripas». Tenía los dedos perfectamente colocados, para causarle el mayor dolor a su oponente. Seguía con la cabeza gacha, pero empezaba a parecer que sonreía de nuevo.

—Uno.

Sí, la verdad es que Tennat sonreía. A lo mejor aquello no había sido muy buena idea.

—¡Empezad! —exclamó Osia'phest.

Lo que noté a continuación fue un dolor insoportable en las entrañas.

Como ya he comentado, la magia es un juego de astucia.

Casi siempre.

A un espectador de la escena no le hubiera parecido que pasara nada. No hubo ningún destello de luz, ni el rugido de un trueno, solo se apreciaban la luz de la última hora de la tarde y los sonidos suaves de la brisa que venía del sur. La magia del

hierro no suele crear efectos visuales ni auditivos; por eso la había elegido. La verdadera batalla se desarrollaba en el interior de nuestros cuerpos.

Tennat tenía extendida la mano derecha, en la que mantenía con cuidado la forma somática: con los dedos corazón unidos, formaba el signo del cuchillo; con el índice y los meñiques doblados hacia arriba, el aspecto que ofrece algo que da tiro-nes, que rompe. El tacto aterrador de su fuerza de voluntad se me introdujo en el pecho, me fue recorriendo los órganos internos. El dolor que creó (más un horror reptante que algo afilado o contundente) hizo que me entraran ganas de tirarme al suelo y rogar clemencia.

«Vaya, es rápido y también vigoroso. ¿Por qué yo no puedo ser así de fuerte?».

Reaccioné soltando un leve atisbo de carcajada y sonriendo como si tal cosa. El gesto de Tennat me decía que le estaba poniendo muy nervioso. Seguramente a todos los demás también, porque las sonrisas de confianza no eran mi gesto más habitual.

Dejé que las comisuras de la boca se me relajaran un poco mientras entrecerraba los ojos y mi mirada se encontraba con la de Tennat. Extendí el brazo como si le asestara una puñalada al aire: un ademán demasiado exagerado y, desde luego, demasiado apresurado para que lo hiciera un iniciado como yo a la par que mantenía el hechizo de escudo. Mientras que la mano de Tennat creaba la forma somática con esmero y precisión, la mía quedaba más imprecisa, casi descuidada, algo que pocos se atreverían a llevar a cabo por el riesgo de que se rompiera.

Al principio no pasó nada. Todavía notaba la fuerza de voluntad de Tennat en mis entrañas, así que amplí un poquito

mi sonrisa, lo suficiente para que él se percatara de que yo estaba convencido de que él no tenía nada que hacer. Los dolorosos tirones de mi interior empezaron a mitigarse un poco mientras la mirada de Tennat siguió clavada en mí durante varios segundos de tortura. De repente, abrió mucho los ojos, muchísimo.

Fue entonces cuando supe que yo iba a ganar.

El otro motivo por el que había elegido la magia del hierro, aunque yo no pudiera invocarla, era que, si un mago recurre a la espada de las tripas para atacar, debe emplear un segundo hechizo (un escudo de corazón) para protegerse. Pero, aunque digo que es un escudo, no hay que imaginarse un objeto grande y redondo que sirve de muro; lo que se hace es utilizar la fuerza mágica para mantener la forma y la integridad de tus propias entrañas. Debes imaginarte tu corazón, tu hígado, tu..., bueno, todo, para tratar de que no salgan despedidos. Pero si te entra un ataque de pánico (por ejemplo, si crees que el otro mago te va ganando y que nada de lo que haces funciona), puedes acabar aplastándote los órganos sin darte cuenta.

Así era como Tennat había ganado a Panahsi. Así era como había logrado hacerle tanto daño, aunque nadie más que yo (ni siquiera el propio Tennat) se había dado cuenta. Pan había puesto tanto empeño en protegerse que había acabado aplastándose los órganos internos. Ahora era Tennat quien estaba tan convencido de que sus hechizos fallaban que ejercía demasiada presión sobre ellos. Yo sentía un dolor atroz, pero lo esperaba. Estaba listo para notarlo. Tennat no.

Estuvo luchando un rato, atacándome con mayor intensidad al mismo tiempo que, inconscientemente, se desgarraba a sí mismo por dentro con su hechizo de escudo. Noté que me

temblaban las piernas y que empezaba a ver borroso cuando el dolor se me hizo excesivo. Pensé que en su momento el plan me había parecido buenísimo.

De repente, Tennat salió dando traspiés de su círculo.

—¡Basta! —gritó—. ¡Me rindo..., me rindo!

La forma de los dedos que representaban su poder se esfumó en el aire. Empecé a respirar de nuevo. Hice todo lo posible por que no se me notara en el rostro la más que evidente sensación de alivio.

Osia'phest se acercó lentamente a Tennat, que estaba de rodillas y jadeando.

—Describe lo que has sentido —le exigió nuestro profesor.

Tennat levantó la mirada y se fijó en el anciano como si este fuera tonto, una impresión que el maestro daba muchas veces.

—He sentido que estaba a punto de morirme. ¡Eso es lo que he sentido!

Osia'phest hizo caso omiso del tono belicoso y añadió:

—¿Y has sentido lo mismo que con los otros estudiantes?

Una punzada de miedo recorrió mi interior cuando me percaté de que Osia'phest trataba de demostrar lo que sospechaba. Tennat me miró a mí y luego al anciano.

—Creo que... al principio no. Normalmente notas algo duro, como si una mano fuerte te tironeara, pero con Kellen es distinto..., algo peor, como si unos tentáculos me rozaran las entrañas. Al final notaba cómo me aplastaba los órganos.

Osia'phest se quedó largo rato en silencio mientras la brisa cobraba intensidad y luego disminuía en torno a nosotros. Los demás iniciados me miraban de hito en hito, preguntándose cómo era posible que alguien a quien no se le habían iluminado ninguna de las bandas hubiese vencido al mejor duelista de

nuestro curso. Todos habían visto cómo Tennat flaqueaba y cómo, al narrar el episodio, daba a entender que una magia superior lo había abrumado. Al fin, Osia'phest dijo:

—Felicidades, Kellen de la Casa de Ke. Parece que has superado la primera prueba.

—También superaré las otras tres —aseguré.

«Lo he conseguido —pensé mientras en mi interior se producía un estallido de alegría—. Le he ganado. He vencido».

Ya se había acabado lo de quedarme horas y horas contemplándome las bandas de los antebrazos, deseando sin lograrlo que se rompieran los eslabones entre los sellos para que cobraran luz. Ya no me quedaría despierto por las noches preguntándome cuándo me echarían del hogar familiar, cuándo me condenarían a convertirme en sha'tep, a ejercer de comerciante, empleado o, ¡por todos mis ancestros!, en el criado personal de Tennat.

Algunos de los otros iniciados aplaudieron. Yo no creía que ninguno de ellos, al margen de Panahsi y quizá de Nephenia, hubieran querido que superase a Tennat, pero ¿entre los míos? Digamos que los vencedores le caen bien a todo el mundo. Incluso Tennat me hizo una reverencia, con la elegancia que cabía esperar en esas circunstancias. Yo no había perjudicado la posición que él ocupaba en las pruebas. A todos los iniciados se les permitían tres intentos en el duelo y él ya había ganado varios.

—Muy bien —dijo Osia'phest—. Que salga la próxima pareja y...

—¡Un momento! —exclamó una voz interrumpiendo al maestro y, con más fuerza que cualquier hechizo que yo pudiera imaginar, destruyendo todo lo que yo había hecho y lo que

jamás haría. Mientras se me caía el alma a los pies, vi cómo mi hermana le daba un empujón a Osia'phest, avanzaba y se quedaba delante de mí con los brazos en jarras—. Kellen ha hecho trampas —anunció con toda sencillez.

Y así, sin más, todos mis sueños y esperanzas se desmoronaron uno tras otro.



LA MAGIA ES UN JUEGO DE MENTIROSOS

Kellen está a punto de enfrentarse al duelo de magos que decidirá su futuro como hechicero. Solo hay un problema: su magia ha desaparecido.

A medida que se acerca el día, Kellen recurre más y más a su astucia para sobrevivir... Hasta que una misteriosa desconocida le desafía a seguir un camino totalmente inexplorado.

EXCLUSIVA
PRIMER CAPÍTULO

¡CUIDADO!
LECTURA
ADICTIVA

RBA MOLINO



9 788427 213388

www.rbalibros.com

RBA MOLINO